

## CAPITULO XXI.

La ambicion, queriendo subir demasiado pronto, cae del otro lado.

SHAKESPEARE.

EN toda la Inglaterra no se hablaba de otra cosa que de la magnificencia con que iban á celebrarse las fiestas en Kenilworth. Se habia reunido en el pais, ó se habia traído del continente todo lo que podia contribuir á que la reina encontrase todos los placeres imaginables en el castillo de su favorito mas querido. Leicester entretanto hacia al parecer nuevos progresos en el favor de la reina. A su lado siempre en sus consejos, escuchado con gusto en las horas dedicadas á las distracciones de la corte, gozando de la mas grande intimidad, era Leicester la esperanza de los que tenian que pedir alguna gracia, estaba buscado por los ministros estrangeros que le prodigaban en el nombre de sus soberanos las mas lisonjeras protestas de respeto; en fin, segun todas las apariencias, era el *alter ego* de la or-

gullosa Isabel, que se suponía generalmente aguardaba el momento favorable de asociarle al poder supremo dandole su mano.

En medio de tantas prosperidades, el favorito de la fortuna y de la reina era probablemente el hombre mas desdichado de este reino que estaba al parecer á su disposicion. Tenia sobre sus amigos y sobre sus criaturas la superioridad del rey de los genios, y veia muchas cosas que ellos no penetraban. Conocia perfectamente el carácter de su ama; el estudio particular que habia hecho de sus rarezas igualmente que de sus virtudes, en union con los poderosos resortes de su ingenio, y la ventaja de sus perfecciones esterioras, le habia elevado al alto grado de favor; este mismo conocimiento del carácter de Isabel le hacia temer á cada paso alguna desgracia inesperada y terrible. Leicester se asemejaba á un piloto que tiene un mapa en el que estan trazadas todas las particularidades de su rumbo, pero que le manifiesta al mismo tiempo tan grande número de bajíos, escollos y rocas á flor del agua, que toda la ventaja que de él sacan sus ojos inquietos es la de persuadirle que solo puede salvarse por milagro de tantos peligros.

Efectivamente la reina Isabel tenia un carácter compuesto, del modo mas estraño, de

una alma varonil y fuerte, y de aquellas debilidades que son por lo general inherentes á su sexo. Sus súbditos se aprovechaban enteramente de sus virtudes que eran muy superiores á sus defectos; pero sus cortesanos y los que la rodeaban estaban continuamente espuestos á sus caprichos y á las violencias de un carácter naturalmente zeloso y despótico.

Tierna madre de sus súbditos, era tambien hija verdadera de Enrique VIII; y aunque los trabajos de su juventud y una educacion excelente habian reprimido y moderado sus disposiciones hereditarias, no las habian arrancado de raiz.

« Su ánimo, dice su ahijado sir John Harrington, que habia alternativamente conocido sus sonrisas y sufrido el mal humor de que habla, su ánimo era continuamente como el viento ligero que viene del occidente en una mañana de verano; era dulce y fresco para los que la rodeaban; sus discursos ganaban todos los corazones; pero otras veces, cuando le faltaban en algo á la obediencia ó respeto, se esplicaba de modo que manifestaba claramente que era hija de su padre. Eran sus sonrisas como el calor dulce del sol, de que querian todos disfrutar; pero venia luego una borrasca precedida de nubes oscuras, y caía

entonces el rayo sobre todos sin distincion (1). »

Esta variedad de carácter (como lo sabia bien Leicester) era temible sobre todo para los queridos de la reina, que dependian mas bien de la inclinacion que ellos le iuspiraban, que de los servicios indispensables que podian hacer á su corona. El favor de Burleigh ó de Walsingham, sin ser tan grande como el que él gozaba, era sin duda alguna efecto del discernimiento de Isabel, y no de su capricho, y no dependia de la inconstancia á que estaban siempre espuestos los que no tenian otro mérito que su bella presencia.

Estos grandes y sabios ministros eran juzgados de Isabel por las medidas que proponian y las razones en que fundaban sus opiniones en el consejo; pero el éxito de los designios de Leicester dependia de todos estos vientos ligeros é inconstantes de capricho ó mal humor, que contradicen ó favorecen los progresos de un amante en los favores de su querida: en Isabel se encontraba ademas una querida que temia siempre olvidarse de su dignidad y comprometer el poder de la reina escuchando los afectos de su sexo.

Leicester conocia perfectamente todas las

---

(1) *Nugæ antiquæ*. Vol. I, pág. 355.

dificultades que rodeaban su favor; y cuando buscaba inquieto los medios de mantenerse en una situacion tan precaria, ó reflexionaba sobre el camino que debia seguir para bajar sin peligro, tenia poca esperanza de conseguirlo, sea cual fuese el partido que adoptase.

En estos momentos pensaba en su casamiento secreto y los resultados que podia tener. Acusabase con una especie de amargura contra sí mismo, sino contra la infeliz condesa, de haberse puesto en la imposibilidad de establecer su poder sobre una base sólida, por un casamiento inconsiderado, atribuyendo aun á lo que llamaba entónces una pasion necia el peligro de su próxima caída. Asi hablaba á sus solas.

— Todos dicen que pudiera casarme con Isabel, y llegar á ser rey de Inglaterra; todo parece que lo anuncia. Este casamiento es celebrado en las coplas, que escucha alegre el pueblo aguardandole. Se habla de él en las escuelas. Unos á otros se lo dicen al oído. Los oradores sagrados lo han recomendado en los púlpitos. Piden á Dios su cumplimiento las iglesias calvinistas del continente; nuestros hombres de estado han empezado tambien á hablar de él en el consejo. Estas atrevidas insinuaciones no han sido reprobadas

ni reprendidas todavia. Apénas ha respondido á ellas Isabel con su protesta ordinaria de querer vivir y morir vírgen.

Ella sabe bien que se esparcen estos rumores, y sus palabras son mas afables cada vez, sus acciones mas graciosas, sus miradas mas halagüeñas. Nada parece que me falta para llegar á ser rey de Inglaterra, y ponerme al abrigo de la inconstancia de las cortes, sino estender la mano para coger esta corona, la gloria del universo. ; Y cuando pudiera yo adelantar esta mano con mas arrojo, se halla encadenada con un nudo secreto indisoluble! He aquí, decia enfadado, cartas de Amy que me persigue hasta que la reconozca abiertamente, para hacerle justicia á ella y á mí mismo, y no sé cuantas cosas mas. Me parece que he hecho ya demasiado. Y me habla como si Isabel estuviese dispuesta á recibir esta noticia con el placer de una madre que va á ver casado uno de sus hijos mas queridos. Ella, la hija de aquel Enrique que no perdonó á ningun hombre en su cólera, ni á ninguna muger en sus deseos: Isabel, engañada por una pasion fingida, en términos de confesarse enamorada de un súbdito, ; podria ver casado este hombre! ; Isabel llegaria á saber que se han burlado de ella, como se burla un cortesano de una pobre aldeana!

¡Entonces sí que veríamos que es lo que puede una muger irritada! (1)

Deteniase en esto, y llamaba á Varney á quien pedia consejos con mas frecuencia que nunca, por las objeciones que el conde se acordaba haberle oido poner á su casamiento secreto. Concluian siempre sus conversaciones, consultandose sobre el modo de presentar la condesa en Kenilworth. Habian resuelto durante algun tiempo dilatar la partida de la reina de dia en dia; pero al fin fué necesario resolverse definitivamente.

— Isabel no estará contenta hasta haberla visto, dijo el conde. No sé si ha concebido algunas sospechas, lo que me temo mucho, ó si Sussex ó algun otro de mis enemigos secretos le recuerdan sin cesar el memorial de Tresilian; pero en medio de las espresiones llenas de bondad con que me honra, saca á colacion con frecuencia la historia de Amy Robsart. Creo que es Amy el esclavo colocado cerca de mi carro por mi mala suerte, para confundir mi triunfo en el momento mas glorioso. Dame, Varney, algun medio para sacarme de estos apuros. He hecho, para dilatar estas malditas fiestas, las objeciones que podia sin faltar á la decencia; pero la

(1) *Furens quid femina possit.*

conversacion de esta mañana no me permite esperar nada bueno sino de la casualidad. Isabel me ha dicho con dulzura y en un tono absoluto: No queremos daros mas tiempo para vuestros preparativos, señor conde, temiendo que os arruineis enteramente con los gastos. Sábado nueve de julio estaremos en vuestra casa de Kenilworth. Os suplicamos no olvidar ninguno de los huéspedes que os hemos pedido, y sobre todo aquella mudable y linda Amy Robsart: deseamos ver la muger que ha podido preferir al poeta Tresilian vuestro servidor Ricardo Varney. Asi, Varney, recurre á tu imaginacion fecunda, que otras veces nos ha sido tan útil; pues, como soy Dudley, los peligros que anunciaba mi horóscopo empiezan al fin á amenazarme.

— ¿No se podria de ningun modo persuadir á milady representar por algunos momentos el papel oscuro que le imponen las circunstancias? dijo Varney despues de haber vacilado un momento.

— ¡Como, bribon! ¡mi condesa habia de pasar por tu muger! eso no puede conciliarse ni con mi honor ni con el suyo.

— ¡Ah! milord, respondió Varney, sin embargo Isabel la conoce en calidad de tal, y el desengañarla seria esponerse á descubrirlo todo.

— Imagina algun otro medio, Varney, dijo el conde muy agitado, ese no puede servir. Aunque yo lo consintiese, ella no lo permitiría; pues has de saber, Varney, si acaso no lo sabes ya, que Isabel misma en su trono no es mas orgullosa que esa hija de un caballero oscuro del condado de Devon. Es dócil y flexible en las circunstancias ordinarias; pero si llega á creer su honor comprometido, su carácter es tan pronto y terrible como un rayo.

— Tenemos pruebas de ello, monseñor; sin esa petulancia no nos encontraríamos en este apuro, dijo Varney. No sé de que otra invencion podré ya echar mano. Me parece que la que es causa de un peligro debiera contribuir, en cuanto está de su parte, á salir de él.

— Es imposible, dijo el conde. No conozco ni autoridad ni príncipe alguno capaz de decidirla á hacer el papel de tu muger durante una hora.

— Es cosa terrible sin embargo, dijo Varney con un tono seco. Y sin detenerse sobre este asunto, añadió: ¿No podríamos escoger alguna otra persona que la reemplazase? Semejantes escenas han pasado delante de algunos monarcas tan perspicaces como Isabel.

— Eso es una locura, Varney, respondió

el conde: la supuesta Amy seria confrontada con Tresilian, y todo se descubriría.

— Fácil cosa seria alejar á Tresilian de la corte, dijo Varney sin vacilar.

— ¿Con que medios?

— Hay infinitos, dijo Varney; y un hombre de estado en semejante situacion puede servirse de ellos para alejar de la escena al que espía sus secretos y le hace una oposicion peligrosa.

— No me hables de semejante política, Varney, dijo el conde; y por otra parte, en el presente caso de nada serviría. En la corte puede haber otras muchas personas que hayan visto á Amy, y en la ausencia de Tresilian harian venir al punto á su padre ó algunos de sus amigos. Busca otro medio en tu imaginacion.

— Monseñor, yo no sé que medios se puedan proponer, dijo Varney; pero si me encontrase en un apuro semejante, volaria á Cumnor, y obligaria á mi esposa á dar su consentimiento para tomar las medidas que exigiesen su seguridad y la mia.

— Varney, yo no puedo estrecharla sobre una cosa tan repugnante á la nobleza de su carácter. Seria pagar muy mal el amor que me profesa.

— Pues bien, monseñor, repuso Varney, es vm. un hombre prudente, un hombre de honor; pero esa delicadeza y esos escrúpulos romancescos solo son moneda corriente en Arcadia, como lo escribe su sobrino de vm. el poeta Sidney. Yo soy servidor humilde de vm., y un hombre de este mundo, y he tenido la dicha de servir á vuestra señoría valiendome de la esperiencia que en él he adquirido. Ahora quisiera yo saber si en esta union dichosa la obligacion se encuentra de su lado de vm. ó del de madama, y cual de los dos tiene mas motivos de manifestar complacencia, y tomar en consideracion los deseos, la conveniencia y la seguridad del otro.

— Vuelvo á decirte, Varney, dijo el conde, que todo lo que me ha sido posible darla no solamente era merecido, sino aun mas que pagado por su virtud y su hermosura; pues jamas recayó la grandeza en una criatura mas digna de adornarla y de embellecerla.

— Es gran dicha, monseñor, repuso Varney con su sonrisa sardónica que no siempre podía reprimir su respeto, es gran dicha que se halle vm. tan satisfecho. Tendrá vm. harto tiempo de gozar de una sociedad tan deliciosa, es decir, cuando se acabe la prision que podrá parecer proporcionada al crimen de chasquear los afectos de Isabel Tudor,

porque pienso que no espera vm. salir mejor librado.

— ¡ Maldito demonio! ¿ te atreves á burlarte de mi desdicha? respondió Leicester: compon todo eso como mejor te parezca.

— Si habla vm. de veras, monseñor, es preciso partir para Cumnor al punto, replicó Varney.

— Vete tú, Varney. El diablo te ha dado esta clase de elocuencia que hace mas efecto en una mala causa. Mi frente manifestaria la bajeza de mi alma, si me atreviese á proponer semejante engaño. Vete, pues, vete; ¿ será preciso rogarte para que me deshonres?

— No, milord, dijo Varney; pero si vm. quiere seriamente encargarme el cuidado de hacer adoptar esta medida que es de absoluta necesidad, es preciso darme una carta de crédito para mi noble ama, y apoyaré este proyecto con toda mi elocuencia. Es tal la opinion que yo tengo del amor de mi ama, y de su deseo de hacer todo lo que puede contribuir á agradar á vm., que estoy seguro de que consentirá en adoptar por unos dias un apellido tan humilde como el mio, y mucho mas no cediendo en nada por otra parte en antigüedad al de su familia.

Leicester tomó lo que necesitaba para escribir, y empezó dos ó tres cartas á la con-

desa, que despedazó sin concluir las. Al fin escribió algunos renglones sin orden ni consecuencia, en los que conjuraba á Amy, por motivos secretos que interesaban su vida y su honor, consintiese en adoptar el apellido de Varney durante las fiestas de Kenilworth. Añadía que Varney le comunicaría las razones que hacían esta decepción indispensable; y habiendo firmado y sellado estos pliegos, los arrojó por encima de la mesa á Varney, con un gesto que le intimaba la orden de partir al instante, gesto que su consejero comprendió al momento.

Leicester quedó hecho un mármol hasta que oyó el galope de los caballos; pues Varney, sin perder un momento en cambiar de traje, montó al instante, y partió acompañado de un criado en toda diligencia para el condado de Berk. Al oír el ruido, se levantó el conde precipitadamente, y corrió ácia la ventana con la intención momentánea de revocar el indigno mensaje que acababa de confiar á un hombre de quien solía decir que no conocía en él virtud alguna, excepto su afecto para con su protector. Pero Varney estaba ya bastante lejos, y el aspecto del firmamento estrellado, que aquel siglo miraba como el libro de los destinos, alejó al conde de una resolución más digna de él.

— Helos prosiguiendo su curso silencioso, dijo el conde mirando al rededor de sí, he los esos astros cuya influencia poderosa se hace sentir de todos los habitantes de nuestro planeta. Si los astrólogos no son unos embusteros, he aquí la crisis de mis destinos. La hora se acerca, acercase la hora que debo yo temer y desear al mismo tiempo, según me han dicho. *Rey* era la palabra. ¿ Pero como? ¿ la corona de Isabel? toda mi esperanza por ese lado se ha desvanecido. Pues bien, renuncio á ella: las ricas provincias de los Países-Bajos me piden por su jefe, y si Isabel consintiese en ello, me darían su corona. ¿ Y no tengo yo derecho á la diadema... aun en el reino? Si Isabel no existiese; yo soy de la familia de Huntingdon.... Pero no quiero profundizar más estos misterios importantes, es preciso que durante algún tiempo todavía continúe mi carrera en el silencio y la oscuridad como un río subterráneo; vendrá tiempo en que me presentaré con toda mi fuerza, y arrostraré cuanto se oponga á mi curso rápido.

Mientras procuraba Leicester acallar su conciencia escusándose con una supuesta necesidad política, y se estraviaba en los sueños lisonjeros de la ambición, su agente había dejado la corte y la ciudad para ir en toda

diligencia á su destino. Varney tenia tambien grandes esperanzas: habia conducido á Leicester al punto que queria; el conde le descubria los secretos mas ocultos de su corazon, y se servia de él para todas sus relaciones las mas confidenciales con su esposa; veia que en adelante su protector no podria menos de valerse de sus servicios, ni rehusarle sus pretensiones, por irracionales que fuesen; y si esta desdeñosa dama, como llamaba á la condesa, accedia á la demanda de Leicester, Varney, su supuesto marido, se hallaria colocado de un modo tan extraño para con ella, que no veia nada que pudiese contener su audacia..... aun quizá esperaba obtener un triunfo en el que pensaba con una mezcla de sentimientos diabólicos, entre los cuales tenia el primer lugar el deseo de vengarse de los antiguos desdenes. Contaba tambien con la alternativa de encontrarla enteramente intratable, y de no poder decidirla á representar el papel que le estaba señalado en el drama de Kenilworth.

— Alasco haria entónces de las suyas, dijo; la enfermedad será la excusa que se dará á su magestad de la negligencia de madama Varney en ofrecerle sus homenajes. Sí, y será probablemente larga y peligrosa la tal enfermedad, si la reina continua mirando al

lord Leicester con ojos tan favorables. No renunciaré yo á dos tirones á llegar á ser el favorito de un monarca. Adelante, mi jaco; la ambicion, la esperanza de gozar y de vengarme, hieren mi corazon con sus agujones como clavo yo mi espuela en tus hijares: adelante, caballito, adelante: anda con todos los diablos.

